

Por
ENRIQUE
MIRET
MAGDALENA

CUANDO en Francia surgen actualmente problemas sociales, con motivo de los fallos del desarrollo económico, la Jerarquía hace acto de presencia y da un testimonio de preocuparse por las injusticias que ese proceso entraña. Y no sólo se preocupa de ellas, sino que promueve la iniciativa de los católicos para que no se aburguesen cómodamente.

Algunos piensan, equivocadamente, que así se fomenta la lucha de clases. Pero a eso le llamó Pío XI: "legítima discusión de intereses, fundada sobre la búsqueda de la justicia". Y el Papa Pío XII afirmó que, "la lucha por la defensa de los intereses de los que trabajan, no puede ser prohibida", porque eso no es sino una "lucha leal a favor de los derechos humanos".

La Iglesia, ¿no debe estar siempre a favor de la justicia, sobre todo de los menos fuertes y de los más oprimidos? Y no sólo en el plano laboral, sino en todos los planos humanos: cultural, político, económico, educativo y profesional.

Por eso no es extraño que, con motivo de unas huelgas, este año veamos a dos obispos en Francia —el de Frejus y el de Aix— que hacen acto de presencia solidaria con los ciudadanos que laboralmente se sienten oprimidos. No para hacer política de partido —eso la Iglesia no puede hacerlo—; sino para dar testimonio de justicia.

¿Por qué hemos de tener tanto miedo en el mundo de hoy —Jerarquía o movimientos de apostolado— de hacer lo que pedía Pío XII a la Iglesia, como uno de sus cometidos: "denunciar lo que hay de contrario a la naturaleza en una determinada situación social"?

Incluso, ¿qué inconsecuencia tan grande es que hable el Concilio de la iniciativa del secolar en el apostolado, incluso organizado (llámese Acción Católica o no) y no se permitiera ninguna actitud pública y decidida para defender un derecho humano básico si nosotros creemos que ha sido olvidado o conculcado, teniendo que esperar siempre a que la Jerarquía lo ordene? ¿No seríamos entonces —los seculares católicos— esa caricatura que tanto criticaba Pío XII: "ruedas inertes de una gigantesca maquinaria incapaces de moverse por ellas mismas, mientras la fuerza central no las haga girar" (3 mayo 1951)?

No es ésa la posición que el Concilio presta a la Jerarquía. No debe adoptar la actitud de un control esterilizador de todo testimonio auténtico de cristianismo encarnado en los problemas de los hombres de hoy.

Y pensemos que esto no es ninguna cosa irreal, ya que hasta en Inglaterra —el sedicente país de la libertad— los católicos conservadores han presionado a la Jerarquía para que el director del Catholic Herald tenga que resignar de su cargo, por sus ideas excesivamente conciliares.

PERO la Iglesia no es sólo la Jerarquía: Iglesia somos todos los cristianos. Y nadie puede seguir manteniendo por más tiempo la falsa imagen de unos fieles que en vez de ovejas fuesen borregos maniatados.

Incluso también el obispo debe recordar, ante todo, su condición de ser un creyente cristiano; no podría estar viviendo únicamente de una autoridad de señor, ni de una postura protocolaria. La figura modesta de Monseñor Ancel, el obispo-artesano; y la valiente y comprometida de Monseñor Helder Cámara, deben ser modelo para nuestro tiempo.

El diálogo de una jerarca con el mundo de hoy, y con el secolar católico, no puede ser un monólogo descendiente, ni una tolerancia paternalista. Tiene que ser un verdadero diálogo; y, por tanto, tiene que existir en él un clima de fraternidad, y no de superioridad. Tienen que acostumbrarse, los seculares, a adoptar esa postura, considerando que un superior eclesiástico viene "a servir y no a ser servido", y que a los prelados —como dice el Concilio— los "tienen por hermanos". El Vaticano II recuerda lo que decía el Obispo de Hipona, San Agustín, a sus seculares: "para vosotros soy el Obispo; con vosotros soy el cristiano; aquél es el nombre... del peligro; éste el de la salvación". Mayor sinceridad no cabe.

¿Qué quiere decir, por tanto, que nuestra misión de apóstoles seculares debe ser sólo la de informar al obispo para que él decida? ¿Es eso la actividad y puesto responsable que le corresponde a un segar? En la Iglesia, ciertamente, debe haber un orden: pero la Iglesia no puede convertirse en un Estado totalitario. "La Iglesia no es un imperio". (Pío XII.)

ESTA difícil tensión, que reina a veces en el catolicismo, entre el respeto a la libertad del secolar católico, y el urgirle en la responsabilización por la marcha del mundo, responde a la misión de fermento que le corresponde.

Si Cristo no fue un revolucionario no por eso fue un evadido ni un aréptico.

Al fundador del Cristianismo le colgaron todos los sambenitos; y a él nada le importó. No fue nunca como esos católicos —dirigentes

UNA IGLESIA MAS COMPROMETIDA

o fieles— que están pensando en no rozar con nadie, ni se atreven nunca a nada, si no es a paralizar toda iniciativa: su norma es el equilibrio diplomático, y no la decisión de luchar siempre por la justicia, con cariño ciertamente, pero también con valentía.

Unas veces le dijeron a Jesús que era comilón y bebedor; otras que se juntaba con los hombres y mujeres peligrosos de su tiempo; y, al final de su vida, le colgaron la pretensión de "temporalismo", atribuyéndole la intención de querer ser rey.

También, a veces a la lucha por la verdad cristiana, o por la justicia básica, o por los derechos humanos, se le llama hacer temporalismo. Como si luchar contra lo que sinceramente se cree que va contra el derecho natural sea algo ajeno a la Iglesia, y sólo lo pueda, y ámba, hacer la política de los partidos.

¿Quién recuerda ya a Pío XII, que señaló dos normas de actuación a la sociedad que él dirigía —al catolicismo—: que "la Iglesia no se deja seducir ni encadenar por intereses particulares", vengán de arriba o de abajo; pero que, al mismo tiempo, debe hablar "en todo tiempo" y "en todas las situaciones humanas"? "La Iglesia... proclama los derechos del hombre" (Const. Iglesia y mundo). Y Pío XII dijo que "la Acción Católica no debe entrar en lucha en la política de partido"; pero al mismo tiempo añadió que "tan loable como es mantenerse por encima de las querrelas contingentes que envenenan las luchas de los partidos... para dirigir los asuntos del Estado, igualmente reprobable sería dejar libre el campo, para dirigir los negocios del Estado, a los indignos o a los incapaces" (14 de octubre de 1951).

¿Que puede equivocarse al adoptar estas valientes posturas? Bendita sea la hora en que se equivoque, no para paralizar el progreso ni el dinamismo social, como demasiadas veces, quizá, ha hecho; sino para fomentar y aprobar nuevas formas sociales más justas y más acomodadas a su sentido comunitario de la vida, o el cumplimiento más perfecto de los derechos básicos del hombre.

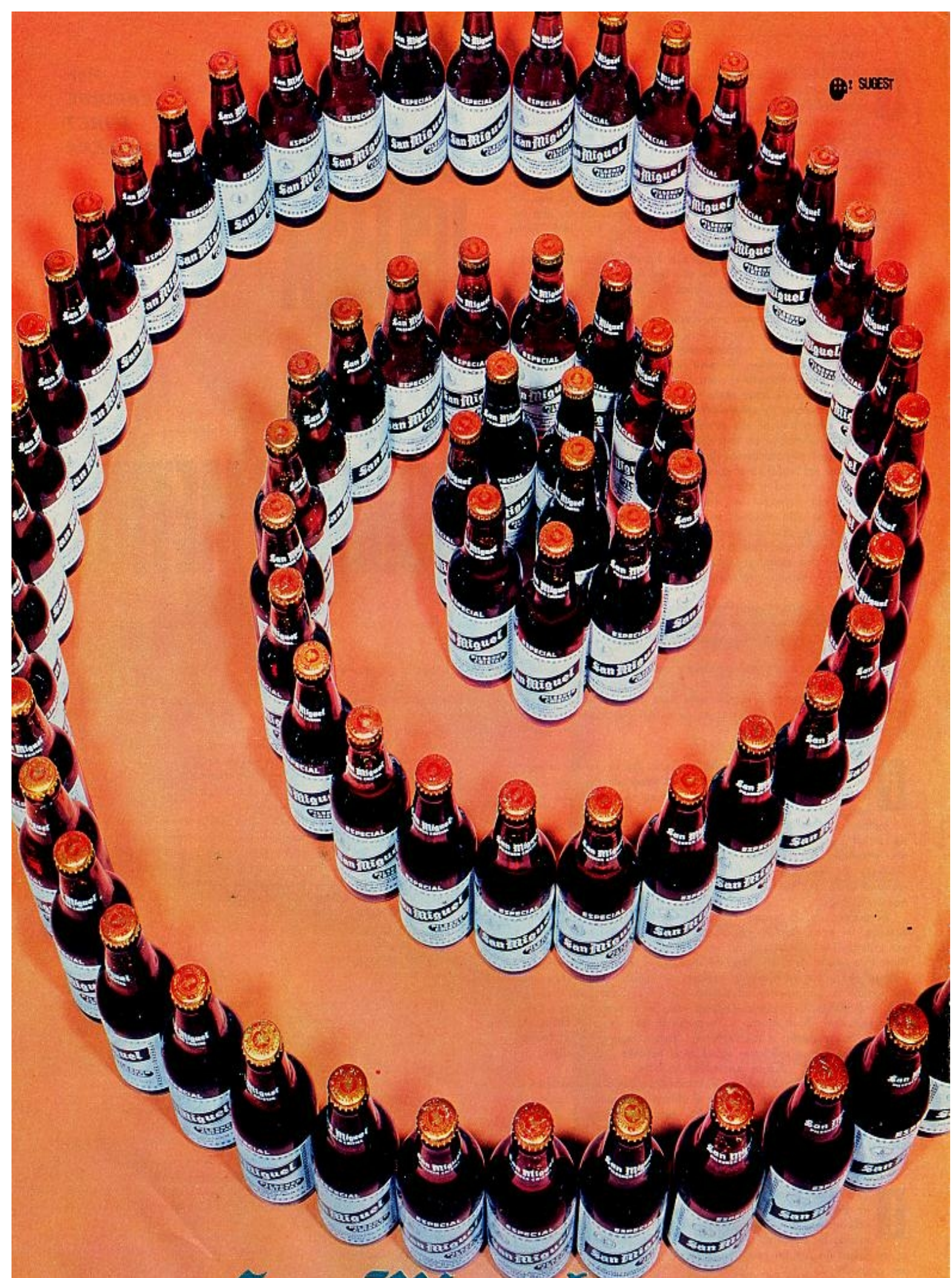
Queremos una Iglesia más comprometida en los problemas humanos concretos de hoy; pero más independiente de los poderes humanos. Por eso nos molesta que se incline demasiado a los que la favorecen, y que se oponga excesivamente a los que no lo hacen.

LOS cristianos no pedimos que sólo se levante para desaprobarnos a los que políticamente no le favorecen, como ocurrió en Puerto Rico hace años, cuando el gobernador Muñoz se presentó a las elecciones.

Ni queremos que prohíba toda avanzada reforma social que perjudique su situación económica, como pasó en Malta con su condenación del partido socialista, por propugnar —según algunos dijeron entonces— la distribución de los latifundios eclesiásticos, ya que un tercio de la isla pertenecía a la iglesia.

SIGUE

SUGEST



CERVEZA **San Miguel** DE FAMA MUNDIAL

UNA IGLESIA MÁS COMPROMETIDA

No podemos aprobar tampoco que algún obispo americano separe de sus actividades pastorales a algunos clérigos que se oponen a la discriminación racial, según informan periódicos católicos de Estados Unidos.

Esas intervenciones autoritativas no tienen ya sentido en el mundo de hoy. Son un contra-testimonio y un escándalo para creyentes y no creyentes.

Lo que queremos es que tenga la Iglesia gestos valientes y decididos de desprendimiento que sirvan de auténtico testimonio, aunque esto comprometa, como a Cristo le comprometió su actitud valiente.

Que como Monseñor Helder Cámara —o como todo el episcopado chileno acaba de hacer— repartan los bienes eclesiásticos rurales; que como Monseñor de Provençères, oriente y acoja un obispo a los huelguistas que piden con noble resistencia, pero sin violencia, una justicia razonable.

Que la jerarquía no viva, en cualquier país, a nivel norteamericano, sino a nivel medio y aún modesto. Que se olviden de palacios y símbolos protocolarios que les separan del mundo cotidiano y les hacen pensar, en determinadas ocasiones, de distinta manera que los hombres de hoy.

Meditemos todos lo que hace quince siglos decía San Hilarión: "está permitido dolerse de la miseria de nuestro tiempo, y afligirse por esta opinión insensata que cree trabajar para proteger a la Iglesia de Cristo por medio de las intrigas del siglo... ¿Qué protección civil de patronazgo, sin embargo, tuvieron los apóstoles para predicar el Evangelio? ¿En qué poderes humanos se apoyaron para predicar a Cristo y hacer pasar casi todas las naciones del culto idolátrico al culto de Dios?".

No queramos —como hizo el Cardenal Innitzer en la Viena nazi— volver a canonizar cualquier situación de aparente complacencia con la Iglesia; ni como hizo el Cardenal Bertram en Alemania, confundir el juicio popular con nuestras alabanzas desmedidas de cualquier situación determinada por propicia que nos sea. Sepamos —como recuerda Monseñor Ancel— recordar que "no existe régimen alguno que sea perfecto, ni desde el punto de vista técnico, ni desde el punto de vista moral".

Y, por otro lado, que la Iglesia "no condena absolutamente los regímenes políticos o económicos: condena sólo los errores que hay en ellos", porque sólo "interviene para denunciar las diferencias morales que hay en los diversos regímenes". La Iglesia pretende ser realista, aunque algunas veces se olvide, y enseñe que ni lo aparentemente religioso es tan bueno, ni lo que semeja contrario está tan alejado.

SIN duda así, con la mayor independencia de ataduras humanas, la Iglesia del siglo XX dará en cualquier país ese testimonio que pedimos de ella y que tanto necesitamos, no sólo entre las cuatro paredes de una nación, sino en todo Occidente y en el mundo entero.

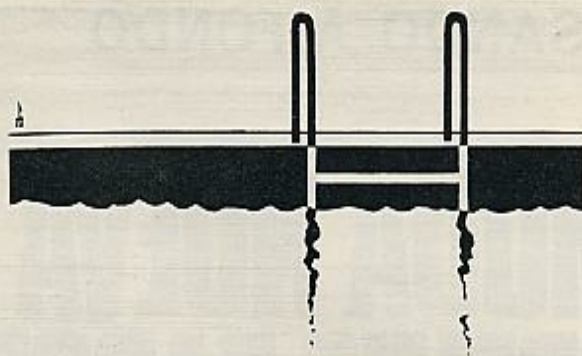
La libertad de prensa —un derecho humano afirmado por la Iglesia— debe conducirnos, no sólo en lo civil, sino en lo eclesiástico, a una mayor franqueza.

Esa sinceridad que nunca asustó en los primeros siglos, ni en la Edad Media. Y que hace poco pedía el obispo de Recife en una conferencia que pronunció en Roma, afirmando que la opinión pública en la Iglesia no era una indiscreción imprudente, sino expresión de un sano interés por sus cosas, que a todos debía beneficiar, al estimular la colaboración consciente y responsable de todos los cristianos, en la resolución de los problemas de nuestro tiempo.

Esa nobleza del seglar que sabe decir que no se está conforme con quienes retrasan la aplicación conciliar; o con aquellos que hacen cómodos cubiletes para hacer creer, como el obispo a que alude la revista católica Herder Correspondenz, que "las decisiones del Concilio no son definiciones; y por tanto, no obligan realmente".

Queremos que de una vez todos puedan reconocer —con las palabras y ejemplos de preladados y fieles— que el catolicismo "lejos de empequeñecer al hombre, difunde luz, vida y libertad para el progreso humano" (Const. Iglesia y mundo).

E. M. M.



AGUA
AGUA
AGUA
AGUA
BOMBA
PRAT



Caudal de **agua**
es
caudal de **oro**

BADALONA - BARCELONA - VALENCIA - ZARAGOZA - SEVILLA - MADRID - BILBAO - LA CORUÑA

GRAN HOTEL EN VENTA EN LA COSTA BRAVA



de 100 habitaciones dobles exteriores con baño. Ideal para Casino, Clubs, etc. Categoría 1.ª A, Calefacción, Ascensores, Montacargas, Grandes terrazas con vistas al mar y montaña, Garaje, Parking, Jardín, Snack-Bar, Restaurante, Salones sociales.

A. SALES

Sugrañes, 28

BARCELONA (14)